



manuel olimón nolasco

historiador

Celebración del 40° aniversario de la ordenación sacerdotal del P. Gonzalo Gutiérrez Vázquez

27 de diciembre de 2013. Festividad de San Juan Evangelista

Templo del Sagrado Corazón. Tepic, Nayarit

HOMILÍA

1Jn 1, 1-4.

Jn 20, 2-9.

Queridos Hermanos sacerdotes:

Hermanos y amigos todos:

Querido hermano y amigo Gonzalo:

Pasada apenas la solemnidad de la Navidad, día en que la Luz se desbordó sobre la tierra con el nacimiento del Salvador, la Iglesia celebra con alegría lo que ha significado que “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” y que “haya traído consigo toda novedad.”

Por ello este día nuestros oídos han escuchado y si somos suficientemente sensibles nuestros ojos han visto, el testimonio vivo del apóstol San Juan. Él, después de una larga historia personal de seguimiento desde las orillas del lago hasta la isla de Patmos, purificó su mirada de tal forma que nos dejó en su Evangelio y en sus cartas una experiencia que con el paso de los siglos trasmite la lozanía que no se marchita del paso y la presencia de Dios por la vida: “[...] lo que hemos oído y hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado y hemos tocado con nuestras propias manos...les anunciamos...para que se alegren y su alegría sea completa.”

Esos oídos atentos y esa mirada esperanzada definen con claridad la condición de discípulo y de apóstol; definen, por consiguiente, la condición primera del sacerdote católico, llamado antes que a predicar o a celebrar los sacramentos, a perfilar su estilo de vida a partir de la contemplación del

amor de Dios sobre el mundo y cada uno de los seres humanos. Así podrá la palabra humana, frágil y quebradiza en sí misma, dar a conocer al Padre y su designio amoroso sobre el pueblo que se configura y construye en esta tierra gracias al Verbo hecho carne, pues “[...] a Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha revelado.”

En esta tierra es la palabra sacerdotal la que habrá de ayudar a esta construcción exponiendo con sinceridad una convicción que madura con el tiempo: “[...] Les anunciamos, pues, lo que hemos visto y oído, para que ustedes estén unidos con nosotros, y juntos estemos unidos con el Padre y su Hijo, Jesucristo.”

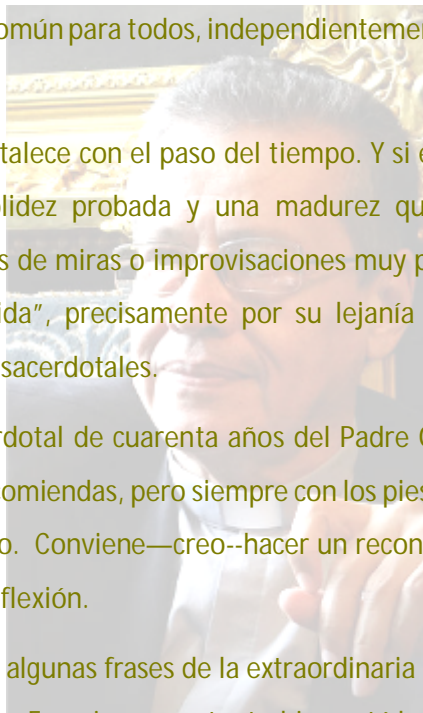
Ese es el núcleo del envío que Jesucristo, por medio de la imposición de manos y la oración del obispo, hace a los sacerdotes, común para todos, independientemente del lugar y modo del ejercicio del ministerio.

Ese núcleo se comprende y fortalece con el paso del tiempo. Y si ese tiempo se mide en cuarenta años, es portador de una solidez probada y una madurez que no se rinde ante opiniones superficiales, ambiciones cortas de miras o improvisaciones muy propias de la cultura de hoy que ha sido calificada como “líquida”, precisamente por su lejanía de una cultura “sólida” y que contamina a veces los caminos sacerdotales.

Veamos hoy el ejercicio sacerdotal de cuarenta años del Padre Gonzalo. Ejercicio peregrino; en varios lugares y en variadas encomiendas, pero siempre con los pies sobre la tierra, con el Evangelio en la mano y la mirada a lo Alto. Conviene—creo--hacer un reconocimiento, elevar una acción de gracias y realizar más de una reflexión.

Para esta última me valdré de algunas frases de la extraordinaria exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* de Su Santidad el Papa Francisco, que tanto bien está haciendo a la Iglesia de Cristo y al entero mundo de los hombres. En referencia al ministerio del obispo y sin duda del presbítero, dice: “[...] A veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados sobre todo porque el rebaño mismo tiene el olfato para encontrar nuevos caminos.”(n. 31).

Padre Gonzalo: Recuerdo—y tú sin duda recordarás—que en los ejercicios espirituales de septiembre de 1969 en Montezuma, el Padre Rector del Seminario pronunció unas palabras en las que ni tú ni yo estuvimos de acuerdo: “—El sacerdocio es inhumano.” Entonces y ahora creo y



creemos, que más bien el sacerdocio es muy humano, humanísimo, pues trae consigo la carga ligera aunque exigente del Evangelio y es una invitación a “disfrutar de la vida.” San Pablo lo indicó hace siglos: “Hay más gozo en dar que en recibir.” Y el Papa Francisco nos ha dado la razón: “[...] ‘La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás’... ‘la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a otros...’ Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, ‘la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas...Y ojalá el mundo actual—que busca a veces con angustia, a veces con esperanza—pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo.’” (Evangelii Gaudium, n 10. Citas del documento de la V Conf. Gral. del Episcopado Latinoamericano (Aparecida) y Evangelii Nuntiandi, n. 75, de Paulo VI).

Padre Gonzalo: El mismo Jesucristo, Señor Nuestro, que hace cuarenta años te eligió mediante la imposición de manos de Don Adolfo Suárez para formar parte del orden de los presbíteros, te dice hoy—y nos dice a quienes te acompañamos--: “Cuida la esperanza del pueblo...Acércate a él de manera sencilla y misericordiosa...Camina detrás para ayudar a los rezagados...”

P. Manuel Olimón Nolasco.

